

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 30 DE DICIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.254

SOR MARIANA
ALCOFORADO

UNAS CARTAS DE AMOR

JUVENTUD



MARIANA Alcoforado tiene en este instante—1660—veinte años. ¿Cómo es Mariana Alcoforado? Ya es una promesa de rica lozanía que no rebasa las veinte primaveras. ¿Por qué no afirmar, pues, que es bella de toda belleza?

He aquí que en estos días Portugal guerrea con España. Señores y pecheros, nobles y plebeyos, altos y bajos, arden en deseos bélicos. Ni campos ni ciudades están seguros de las invasiones de la soldadesca. A la edad de Mariana, y en estos tiempos asaz tumultuosos, su tierna juventud estará mejor guardada en un apartado y silencioso monasterio.

Y en el monasterio de la Concepción, en Beja, queda un día, sollozando, mientras su padre, *cavaleiro fidalgo da casa real*, parte a luchar contra las armas castellanas.

¿Qué va a ser de Mariana Alcoforado? ¿En qué deseos y en qué anhelos, en qué delirios o en qué exaltaciones va a consumir el rico tesoro de su juventud? ¿Qué palabras despertarán su tierno corazón? ¿Se abrasará en un delirio místico, o soñará en que la flor de sus amores ha de ser gustada y deshojada en un jardín de pomposas y mundanas vanidades?

AMOR

Sor Mariana Alcoforado gusta de ver morir la tarde desde esta celosía que da a la calle de la Concepción. Tiene el convento claustros amplios, adonde la luz llega suave y acariciadora; tiene *pequeninos* jardines con flores fragantes, con canciones de variados pajarillos, con fuentes que desgranaban bellas teorías para las almas soñadoras. Pero tiene, sobre todo, esta celosía que mira al mundo y a la vida, sin más límite que aquel que pone el cielo en sus azules lejanías. Y sor Mariana quiere bañar sus ojos y su espíritu en el poema denso que a esa hora del crepúsculo canta la campiña seca y estéril.

Mas una tarde, en esta celosía, quedan presas su alma y su vida de los encantos, del garbo de un caballero gentil y arrogante, gran hombre de armas y de guerra.

PASIÓN

¿Cómo burla sor Mariana la vigilancia de las religiosas? ¿Cómo puede quebrar las reglas austeras del rígido convento? ¿Cómo es posible que de aquella fortaleza, de aquella cárcel de su monasterio, pueda hacer ella camarín de sus amores?

Viene a nuestra memoria aquel romance absurdo de nuestro duque de Rivas, «El cuento de un veterano». Aquella monja—también monja—lleva a su celda a un hombre que le engañó y, ¡oh, sacrilegio!, lo mata. Y a su celda vuelve a llevar a un don Juan de Lara, seductor de su hermana, y en un festín dionisiaco le envenena.

No es ciertamente para cumplir estos fatales designios para lo que nuestra sor introduce al caballero galanteador en su humilde y retirado aposento. Pero ¿cómo pudo allanar los muros?

Más alta que las murallas, más fuerte que sus votos de religiosa, más firme que su fe es esta pasión que ha encendido ya todo su ser. Se siente loca, desalmada, sin fe, sin albedrío. Es toda del amor.

OLVIDO

París. Un salón aristocrático. Bellas, espléndidas damas. Galas. Uniformes rutilantes. Se habla de literatura. De literatura epistolar—¡oh, Francia y su Ma-

dame de Sevigné!—. ¿Qué nuevas trae el conde de la guerra portuguesa?

He aquí, lector, al conde de Chamilly. Ya está de vuelta de su aventura guerrera—¿adivinas?—. Ha cesado la guerra y vuelve a Francia aquel arrogante *capitao de cavalos* que paseaba en Beja, a la hora del crepúsculo, frente a los muros del monasterio de la Concepción.

¿Qué curiosidades va a contar en este salón, en donde esperan de su fantasía bellos y extraordinarios relatos?

Va a leer, quizá entre risas y entre chanzas, las cartas de una monja enamorada. Una monja que, entre tanto, sola y olvidada, en un país de sol y de quimeras, canta en lamentos tristes su locura elegíaca.

¿Qué tienen aquellas cartas? ¿Qué nuevas quejas, qué desconocidas angustias, qué intensos amores cantan?

Aquellas cartas, en el entusiasmo que producen, son traducidas e impresas y comentadas en todos los países en donde la sensibilidad es noble atributo de las almas.

Y el nombre de sor Mariana Alcoforado llena el cora-



FANTASÍA INVERNAL.—DIBUJO ORIGINAL E INÉDITO, POR RAFAEL CASENAVE

zón de todas las mujeres enamoradas y lo pronuncian fervorosamente todos los amantes.

Pero ella permanece alejada de este estruendo, sin conocer su gloria, llorando su olvido tras la celosía de su convento, tejiendo un rosario de dolores con los pensamientos y las palabras, llenos de vida palpitante, que envía al ingrato caballero de sus ensueños.

DOLOR

«Me he habituado a las tribulaciones, y mal podría vivir sin este placer que disfruto amándote entre pesares y dolores.»

«Tan cegata soy de mi pasión que me parece que todas mis acciones y todos mis deberes te pertenecen.»

«Sí. Tengo escrúpulos si no te dedico todos los momentos de mi vida.»

«Hay momentos en que me siento con sumisión bastante para poder servir a la mujer que tú amases.»

«Lloro por los deleites infinitos que perdiste. ¿Por qué fatalidad no quisiste lograrlos?»

«Me expuso a las maldiciones de los nios, a las severas leyes de este reino para con las religiosas; a tu ingratitud, que me parece la mayor de las desgracias. Y con todo, siento que mis recordamientos no son verdaderos. En lo íntimo de mi alma siento no haberme

expuesto a mayores peligros por tu amor. Y me llena toda el placer funesto de haberte sacrificado honra y vida.»

«Te vi partir. Ninguna esperanza alimento de volverte a ver, y con todo, respiro.»

«Agradezco en lo íntimo de mi corazón las mortificaciones que me causas, y aborrezco el sosiego en que viví antes de conocerte.»

«Tu ausencia rigurosa, quizá eterna, en nada disminuye la vehemencia de mi amor. Quiero que todos le conozcan. No hago misterio de él, y es mi mayor satisfacción cuanto hice por ti, contra todas las reglas del decoro. En nada más hago consistir mi honra y mi devoción que en amarte perdidamente toda mi vida ya que comencé a amarte.»

LA MUERTE

«A veintiocho del mes de julio de mil setecientos veintitrés, fallece en este Real Convento de N.ª S.ª de la Concepción a M.ª D. Mariana Alcoforado, de edad de setenta y siete años, todos consumidos en el servicio de Dios; continuamente siguió las reglas de la comunidad y en todo hacia sus obligaciones. Era muy ejemplar; nadie tuvo queja de ella porque era muy benigna para todos. Treinta años hizo ásperas penitencias;

padeció grandes enfermedades con mucha conformidad, y conociendo que era llegada su última hora, pidió todos los sacramentos, los cuales recibió en su cabal juicio, dando muchas gracias a Dios por haberlos recibido.»

Queda aquí escrito, en breves síntesis, lo que fué el paso por la vida de esta mujer de un raro temple espiritual. Quedan también escritos algunos fragmentos —los que nos han parecido más bellos y emotivos— de las cartas de amor de sor Mariana Alcoforado. Asimismo transcribimos el sencillo y tierno relato de su muerte, compuesto por una hermana de la comunidad.

Un comentador portugués, el lírico —¿cómo no?— y brillante escritor Manuel Ribeiro, llega, en su disculpable entusiasmo, a poner a sor Mariana Alcoforado al lado de Santa Teresa de Jesús. Nosotros no nos atreveríamos a tanto, ni nuestro deseo es establecer el paralelo estético de estas dos mujeres admirables. ¿No es ya gran concesión, pensando en la autora de «Las Moradas», llamar admirable a sor Mariana Alcoforado?

Sí, admirable, extraordinario espíritu el de esta mujer que en cinco cartas ha dejado uno de los más grandes poemas de amor y de pasión.

Emilio PALOMO

SENSACIONES.-SENCILLO Y MINÚSCULO

EL ENCUENTRO

La calle estaba desierta y oscura. Yo, extraño en el pueblo, solo, trasnochador, inquieto y triste, marchaba en busca de no sé qué amable sorpresa.

¿Qué mano amiga podía salirme al paso en aquel rincón de aquel pueblo casi ignorado para mí hasta entonces? Empero, yo no quería volver a la hosca habitación de la fonda sin llevarme la buena nueva que mi corazón me anunciaba.

Un hombre desembocó en la callejuela inmediata, caminando hacia mí. Cuando estuvimos uno frente del otro, alzó el rostro y me miró unos segundos. Yo también le miré, y los dos nos abrazamos.

—¡Rafael, amigo!—exclamó.

—¡Fernando!—grité, alborozado.

Fué como si se hubieran llenado de gente y de luz todos los balcones de la calle. Volvíamos a mirarnos.

—Yo no soy Fernando—dijo él.

—Ni yo Rafael—añadi, sorprendido.

—Usted perdón. Es usted muy parecido a un amigo mío.

—Y usted a un amigo a quien quiero como a un hermano. Pero ¿de veras no se llama usted Fernando?—pregunté, columbrando todavía un destello de esperanza fijo en su rostro.

—Yo, no. Y usted, ¿no se llama usted Rafael?

—No, señor.

—Perdóneme.—volvió a decir con profundo desencanto.

Yo tenía en la garganta un nudo de angustia.

Nos separamos. Hubo un instante en que dejé de sentir sus pisadas, y, al volver la cabeza, le vi quieto, mirándome, en medio de la sombra. Me detuve. Tal vez íbamos a abrazarnos de nuevo... Entonces él volvió la espalda, como avergonzado, y yo propiamente me ca-

ELLA

Tuvo bastante de grotesca la carrera mía tras el sombrero que se llevó de mi cabeza una ráfaga de viento.

Yo iba alelado, persiguiendo a aquella mujer cuya mirada me acarició unos segundos. Mi pensamiento volaba ya sobre el porvenir: «¿Cómo voy a querer a esta mujer! ¿Cómo me va a querer ella a mí!»

La acera estaba invadida de transeúntes, y por el medio de la rúa pasaban vehículos y más vehículos en cordón interminable. A través de la confusión de ruidos y voces y tropezones, la mirada de aquella mujer tiraba de mí. ¿Qué obstáculos ni qué fuerzas podrían detenerme! Yo estaba seguro de haber encontrado mi camino en el camino que ella había tendido, al mirarme, entre nos-

otros dos. Aquel caballero respetable que conducía a su hija—sí, tenía que ser su hija—, con un gesto protector, sorteando los encontrones de la gente, no se opondría a que nos amásemos. Aquel caballero tenía un noble aspecto de padre bondadoso. Mi pensamiento volaba ya sobre el porvenir. ¿Qué obstáculos ni qué fuerzas podrían privarme del amor de aquella mujer! Entonces una ráfaga de viento se llevó mi sombrero, que cayó rodando en medio de la calle. Me lancé detrás de él instintivamente, pero tuve que apartarme a un lado para no ser atropellado por un carruaje. Aprovechando una ocasión, fui a coger mi prenda. El sombrero se iba cada vez más lejos y la gente reía de aquella cómica persecución, mientras yo, avergonzado, furioso de amor propio—¿adónde, ¡ay!,

había volado el otro amor?—, corría tras mi sombrero que rastreaba el suelo como un ave malherida. Por fin mi puño lo estrujó por el ala. Heroicamente me puse a limpiarle el polvo, sin moverme del sitio, sin alzar siquiera la cabeza.

¿A qué ir tras aquella mujer? Yo tenía la seguridad de que no la hubiera encontrado.

LA VOZ DEL VIOLÍN

Es más de media noche y el barrio duerme. Alguien, sin embargo, estará despierto, enfermo o insomne, sin saber qué hacer, como yo estoy frente a esta cuartilla que resplandece sobre mi mesa.

Aguzo el oído porque me parece que quiere llegar hasta mi alcoba la voz de un violín que suspira y se queja.

¡Ya sé!

Hay un cafetín cercano, y en el cafetín un violinista ciego que se lleva todas las noches unas cuantas monedas de los parroquianos compasivos. Lo he visto al volver a casa de madrugada. A veces el café se queda muy solo. El mozo se deja caer, fatigado, sobre un diván; el dueño dormita tras el mostrador, y el ciego sigue tocando como si quisiera atraer al último trasnochador rezagado que pasa.

Y llega hasta mi cuarto la voz débil de su violín.

El portal de la casa está cerrado. Las puertas de arriba, también. La voz se mete, adelgazándose, por las rendijas, sube la oscura escalera, vuelve a filtrarse por otras hendiduras, viene apoyándose en las paredes de los negros y largos pasillos y llega hasta donde estoy, desmayada, como si quisiera venir a morirse sobre esta cuartilla que la luz de la lámpara hace resplandecer sobre mi mesa.

Angel LAZARO

POETAS ESPAÑOLES

LA PISTOLA

Bien mereces mis loas, compañera, que al igual que el reptil luce la escama, tú la empavonadura luces, fiera, siempre a la cabecera de mi cama, como novia romántica que espera imprimir con su labio la postrera nota en el postrer folio de mi drama. A veces, quiero contemplarte, loca, zigzaguear entre el tumulto humano, y te beso en la boca y te acaricia con placer mi mano, como el amante a la postrer querida que una tarde, celosa, lo ha de librar del peso de la vida y lo ha de acompañar hasta la fosa... Tú, como la mujer, eres taimada, resistes el reproche; tú, como la mujer, eres osada y oficias en la noche. Y aun a pesar de tus miradas frías, acaricio tus cápsulas, espías que entre el ser y el no ser ruda interpones, mientras que finges reposar inerme, y pienso que acaricio los botones de algún rosal, que en la penumbra, de un pozo. Bien mereces mis rimas,

tú que mañana, en mi postrer alarde, paz me has de dar en las profundas simas, después de contemplar cómo en las cimas el Sol muere en los brazos de la tarde. Hazme tú como el Sol. Finja mi huella una rufa de sangre luminosa, y de mi cráneo roto, hazme una estrella, y de mi corazón, hazme una rosa... Y al partir juntos en la negra caja, en medio de la tarde silenciosa, que nos sirva la tarde de mortaja y nos cubra el crepúsculo en la fosa. ¡Que cuando el tiempo pase y el Sol de un siglo nuestra tumba abraza, y el torvo enterrador, con mano fiera, en el duro terrón hunda la azada, tras de nuestros despojos, limpios ya de la odiosa gusanera, apartará de pronto la mirada, ¡y un mudo espanto sentirá en los ojos! ¡Y es que, como una trágica quimera de lo que un tiempo mi existencia era, en medio de la tumba, abierta y sola, verá una alucinante calavera sonriendo al cañón de una pistola!

Alfonso CAMIN

MAX KLINGER, «EL BUSCADOR»



PAREJA ESPAÑOLA

Max Klinger, niño prodigio, asombro de Academias y de salones; maestro pronto, para quien la escalera del éxito fué fácil y llano camino; febril e infatigable creador hasta en los postreros días de su gloriosa senectud juvenil; Max Klinger, genio de la pluma y del buril; pintor maravilloso y proteico, osado, lleno de pensamiento y de luz; decorador de amplio vuelo y portentosa visión; escultor vigoroso, para quien no tuvo nunca rebeldías el cincel, Max Klinger no fué ni dibujante, ni escultor, ni pintor. No quiso serlo, no podía serlo. Era más, mucho más: era un «buscador». Un incansable «buscador».

«Junto a la admisión, junto a la adoración que nos inspira este mundo maravilloso, lleno de infinitas bellezas, habita en nuestra alma la triste resignación, todo el dolor de nuestra ridícula pequeñez luchando eternamente entre el querer y el poder.» En estas admirables palabras suyas está la mejor definición del genio de Max Klinger. «Max Klinger, como dice Kirslein, no quiere grabar «aguasfuertes», no quiere pintar «cuadros», no quiere esculpir «esculturas». No; el arte de Max Klinger brota puro de su propio pecho, donde siente la armonía de las esferas y sus ásperas disonancias; el triunfo del amor y la canción de odio que resuena en los infiernos; el canto y el dolor de la muerte; la redención del cristianismo; Max Klinger se prosterna, en honda adoración, ante la clásica belleza de los cuerpos desnudos y sueña con arcádicas frondas. Pero sobre todo y en todo momento es hombre, un hombre que busca su liberación y liberar a su vez a todos los demás hombres.» Un artista.

Se ha acusado a Klinger de mariposeador, porque todo lo intentaba; pero él fué así, no por inconstancia y falta de fe, sino porque, maestro siempre, genial en todo cuanto emprendía, se dejaba arrebatar por la ansiedad infinita, siempre renovada, de su inquieto espíritu de «buscador». También se le ha achacado su excesiva sensibilidad ante sugerencias ajenas, entre ellas, principalmente, las de Goya y Böcklin. Sin embargo, la personalidad de Max Klinger en todas las facetas de su proteica labor es inconfundible. Su obra no se parece a la de nadie. En las aguasfuertes, parecerse a Goya es inevitable en todo aguafortista genial. Porque Goya es la cumbre, y cuanto más se acerque un dibujante a ella con el buril, más se ha de parecer a él, más ha de parecer su imitador.

Entre lo más grande y hermoso de la obra de Klinger se destaca su «Fantasía» sobre Brahm, serie de aguasfuertes verdaderamente maravillosas. Un crítico holandés se pregunta ante ellas: «Esos cuadros insuperables del «Acorde», de la «Evocación», del «Robo de la luz», ¿los vió efectivamente Max Klinger escuchan-



INTERMEZZO

do la música de Brahm? ¿Se convirtió entonces el sonido en forma, la armonía en espacio? ¿Necesita el artista de impulsos semejantes?»

La respuesta a esas preguntas se encuentra en estas palabras de Goethe: «Lo mismo da que el artista entre en el taller de un zapatero o en un establo; que se mire en los ojos de su amada o en el brillo de sus zapatos relucientes, o que se detenga a contemplar las obras de los clásicos; en todas partes serán perceptibles para él las sagradas ondas y los tenues sonidos con que la Naturaleza une y armoniza todas las cosas. A cada paso se le irá abriendo el mágico mundo que le rodea y que dará a sus obras duración de eternidad. No hay hombre que no haya sentido alguna vez en su vida el poder de esta hechicería. ¿Quién no se sintió alguna vez sobrecogido de emoción al

penetrar en el misterio de una sagrada selva? ¿Quién en presencia de su amada no vió dorado el mundo y dorada la vida? ¿Quién no sintió fluir por sus brazos todo el sortilegio del cielo y de la tierra fundidos en una inefable armonía? Mas para el artista no son sólo sensibles los efectos; él penetra en la hondura de las causas y las descubre. El Universo aparece ante él como ante su propio creador.»

Así es Max Klinger frente a las sugerencias exteriores. No le seducen para imitarlas, él en todo momento de su obra independiente y creador; sólo son para su corazón de artista, que busca eternamente, rayos de luz, caminos tentadores; la vara mágica de Moisés haciendo brotar de entre los riscos, al conjuro de su fe, el pristino chorro de un manantial.

Enrique DOMÍNGUEZ
RODÍO

UN año antes de su muerte, en Estocolmo, fuimos huésped, durante varios días, del gran pintor sueco Anders Zorn. Zorn amaba a España sobre todas las cosas, porque, Prometeo afortunado, de España «se había él llevado el sol que faltaba en los países del Septentrión». En la Península se le había revelado el divino misterio de la luz, con la que, al igual que Sorolla, su entrañable y admirado amigo—almas gemelas, aunque de razas tan distintas—, supo llenar sus maravillosos lienzos hasta el día antes de morir. Los dos ídolos de Zorn, soberbios como un dios, eran Velázquez y Goya. Y una noche en que el pintor nos hubo honrado con un fantástico festín, después de haber hecho penitencia—por aquellos días de la guerra se había dictado en Suecia una ley que no llegaba a «seca» del todo— con unas cuantas botellas de Agustín Blázquez y otras tantas de whisky nada más—Zorn comía y bebía más que Falstaff—, llegados al palacio donde tenía instalado su taller, sacando unas aguasfuertes de Rembrandt y de Goya y otras suyas, nos dijo, comparándolas: «Se dice que yo soy el primer aguafortista de mi época, y eso no es decir más que a medias la verdad. Si no existiese Goya, de quien todo lo aprendí, Goya sería yo. Pero si Goya fué mi maestro, en cambio, ¿cuánto hubiera podido Rembrandt aprender de mí!»

Sin duda, Max Klinger, el gran pintor alemán, muerto también no ha mucho, hubiera podido repetir, al hablar de sus dibujos con la pluma y el buril, las mismas palabras de Anders Zorn. También Goya fué su maestro y acaso también le hubiese podido enseñar a grabar aguasfuertes al propio Rembrandt. Pero Max Klinger no tenía la soberbia de Zorn.



LOS DISCÍPULOS ESPERANDO LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

LAS AVENTURAS DE MARILUZ

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

MARILUZ tenía un gato que se llamaba Negrete. Un día, unos chiquillos, de esos que son malos y crueles, ataron a la cola del pobre Negrete una sartén y un cacillo, y cuando Mariluz acudió, atraída por los maullidos del minino, ¡qué pena la suya al verle correr, loco de pánico, atolondrado por el ruido!

Cual heroica fierecilla, repartió entre los chiquillos unos cuantos bofetones, libertó a su gato, y para consolarle le estrechó contra su corazón y le besó en el hocico, y entonces, ¡oh, asombro!, Negrete se le escapó de las manos y se transformó en un lindo caballito blanco, la sartén se convirtió en carroza de oro y cristal y dentro había un hermoso joven, de bigotillo erizado, ojos ver-

ran, por centenares, ratones regordetes, capaces de colmar el apetito más exigente.

Y dicho esto, el príncipe Minino se alejó, irguiendo fieramente su bigotillo erizado, dejando a Mariluz atónita y sola... en el tejado.

Ya se hacía de noche; el relente humedecía las tejas rojas, y la nueva princesa sintió que sus piecitos resbalaban; se agarró a una chimenea y, cansada por tantas emociones, se sentó y se quedó dormida.

De la chimenea salía humo y el humo se metió bajo la falda de la princesa; la infló, y cuando Mariluz abrió los ojos se vió volando por los aires, con la falda hueca cual un globo,

¡Dios mío!, ¿qué dirían los marineros cuando vieran que el hada del mar estaba mareada?

En aquel instante, no sé por qué, el buque paró junto a una roca negra y lustrosa. ¡Oh, descansar en tierra firme! Nadie la veía. Mariluz saltó, anduvo unos pasos, aliviada, y al volverse, ¡horror!, vió que el buque ya se alejaba, dejándola sola en medio del mar. Quiso gritar y no pudo; el suelo se movía bajo sus pies. A Mariluz no se le había ocurrido que lo que tomó por una roca era la espalda de una ballena, y tal fué su susto al descubrirlo, que se desmayó.

Cuando abrió los ojos se hallaba rodeada de damas bellísimas, vestidas de gasa azul, coronadas de perlas y cubier-

mirando con la boca abierta, según su costumbre, y, de pronto, lanzó un grito y cayó en un abismo sin fondo...

Esta vez, al recobrar el conocimiento, la rodeaban unos ebanillos muy raros, vestidos de raso encarnado.

Mariluz quedó deslumbrada; sobre su cabeza había un techo de brillantes, las paredes eran de rubíes y bajo los cojines de tejido de oro en que descansaba, el suelo era de esmeraldas.

—Mariluz—dijo uno de los gnomos, el más raro de todos—, cástate conmigo y serás la reina de las pedrerías.

A Mariluz le gustaban las joyas y las riquezas; sin vacilar puso su mano en la manita microscópica del enanillo, y la boda fué fijada para el día siguiente.

Entretanto, quiso conocer sus nuevos dominios; siguió una galería iluminada por los mil rayos de las piedras preciosas que la tapizaban; luego, otra y otra y otra; luego quiso volverse; se perdió en aquellos inextricables pasillos subterráneos, y, de pronto, oyó un ruido de golpes formidables y vió unos hombres negros que cavaban con picos y palas, echaban la tierra en un cesto y el cesto se elevaba, atraído desde arriba por manos invisibles.

Aquellos hombres eran horribles, muy delgados, miserablemente vestidos, y en sus pobres caras sucias había tal expresión de sufrimiento y tal cansancio en sus gestos, que a Mariluz se le encogió el corazón más aún que cuando vió correr, desesperado, a su gato Negrete, causa primera de todas sus aventuras.

Y al comprender el trabajo horrible que costaba a aquellos desdichados mineros extraer las lindas pedrerías de las entrañas de la tierra, sintió horror hacia las piedras preciosas y hacia sus guardianes los gnomos, y sin pensarlo más—ya hemos notado que era algo precipitada—, se metió en la cesta en el instante en que iba a subir.

Ya había vuelto Mariluz a la faz de la tierra. Un instante el sol resplandeciente la cegó; los cantos de los pajarillos en los árboles se le antojaron la más divina de las músicas; aspiró el aire puro a plenos pulmones, y sin perder el tiempo en dar explicaciones a los mineros—los de arriba, los que subían la cesta—, echó a correr.

Estaba muy lejos de su pueblo; pero andando, andando y preguntando su camino a unos y a otros, y pidiendo un pedazo de pan por caridad, y durmiendo al amparo de los árboles, acabó por hallarse de nuevo ante su casa, su casita blanca que locamente abandonó y donde todo estaba como lo dejó; sólo faltaba Negrete, el gatito embrujado.

Mariluz no volvió a salir ya nunca de su casita blanca. No quería ser princesa y vivir en un tejado; no quería ser sirena y hacer que se ahogasen los pobres marineros; no quería ser reina y gastar pedrerías que tantos sufrimientos cuestan a los mineros.

Y en su casita se casó, y en su casita vivió rodeada de hijos, de nietos y de bisnietos, a los que todas las noches, sentados al amor de la lumbre, les contaba sus aventuras maravillosas, con mucho cariño..., con el mismo cariño con que yo os las acabo de referir.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



des y magnífico gabán, que no sé si era de piel de armiño o... de gato.

—Bella Mariluz—dijo—, soy el príncipe Minino y he venido a llevarte a mi palacio para casarme contigo y hacerte princesa.

¡Princesa! Mariluz era ambiciosa y no vaciló; ligeramente subió a la carroza y, ¡patatí!, ¡patatí!, ¡patatán!, el caballito, ex Negrete, partió al galope hacia países lejanos y desconocidos.

Cuando la carroza se detuvo, el príncipe Minino ofreció galantemente la mano a su novia y la ayudó a subir a su palacio, y bien digo «subir», pues trescientos ochenta y nueve peldaños escalaron antes de que Mariluz se viera en «su palacio». Era ésta una gran terraza roja; era... ¡un tejado!

—He aquí tus nuevos dominios—dijo el príncipe—; tendrás las más lindas vistas del mundo, podrás jugar al escondite con las más hermosas chimeneas del universo y tendrás a tu disposición espléndidas bohordillas, en las que mo-

Ya estaba muy alto, muy alto, cerca, por lo menos al parecer, de las estrófitas de plata, cuando su falda se desinfló, y suave, suavemente, Mariluz fué descendiendo por encima de un mar inmenso, hasta caer, sin hacerse daño..., en una hamaca tendida en el puente de un buque.

—¡Ah! ¡Un hada! ¡Un hada!

Este fué el grito de los marineros cuando, al amanecer, se encontraron a la nena misteriosamente aparecida. Y el capitán se acercó muy respetuoso:

—Señora hada del mar—dijo—, sé buena y quédate con nosotros para proteger mi buque contra los peligros del Océano.

Y Mariluz, encantada de verse transformada de princesa de los gatos en hada de los mares, sonrió con dulzura y benevolencia.

Pero ¡qué poco le duró la sonrisa! El buque se movía de derecha a izquierda, de arriba abajo; Mariluz sentía algo raro en la cabeza y en el estómago, y...

tas de collares y pulseras de coral, que se inclinaban sobre ella con solicitud.

—Mariluz—le dijeron—, estás en nuestros dominios del fondo del mar y somos las princesas sirenas. Quédate con nosotros y seremos tus hermanas amantes y cariñosas.

¡Tener vestidos de gasa azul, collares de coral y coronas de perlas! Mariluz era coqueta y aceptó encantada.

Pero al llegar la noche la despertó un canto extraño, muy dulce, y levantándose de su lecho de algas doradas, fué, de puntillas, a ver qué pasaba: distinguió a través de las olas un buque que se hundía, mientras los marineros—semejantes a aquellos tan buenos que la tomaron por un hada—, atraídos por las voces dulces de las sirenas, se ahogaban uno tras otro.

¡En aquel juego cruel y despiadado se entretenían «sus hermanas»! Mariluz huyó horrorizada, y durante horas y horas anduvo entre plantas marinas, peces plateados y ostras, que se la quedaban

LA VERDAD

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JOAQUIN AZNAR

La apetitosa señora de Cordero, née Encarna, «la del lunar», como para mejor inteligencia de los puntos de baile de hace tres lustros, la nombrarían los distinguidos cronistas de salones con cadenas de la Ribera y Cabestreros, está nerviosa, irritable, en la abrasada noche estival, que, con permiso del Guadarrama, amodorrado en las sombras de la lejanía, ha hecho de Madrid una inmensa hoguera, de cada calle de la ciudad una llama, de cada casa un horno y de cada pecho sensible a las externas influencias un hervidero de prepotentes pasiones.

De este pavoroso incendio que doña Encarna contempla inquieta y suspirante desde su refugio, protegida por las tinieblas del comedor, cuyo balconcillo —esperanza más que consuelo en la noche sin brisa— se abre sobre la parte alta de la calle de Esparteros, en aquel su último trozo, que podríamos denominar, y creemos que así fué denominado en algún tiempo, «subida a Santa Cruz».

Durante la cena, la tosca sirvienta, una aturdida muchachota de campo, bañada en sudor bajo las recias vestiduras de serrana, carga con el descomunal botijo, del que es firme sostén la poderosa cadera, y ofrece a la fiebre hidrópica de doña Encarna el eficaz remedio de un rezumoso pilorro.

La cena del infecundo matrimonio Cordero transcurre sin el encanto de la conversación. Sólo se oye el ruido, poco agradable, que producen los tenedores y los cuchillos al resbalar por los platos, y el acompasado *clá-clá* del papel del abanico de doña Encarna, cuando avienta, con el inconfundible de su varillaje japonés, el aroma sensual del limpio y perfumado cuerpo de su dueña. Y también, frecuentemente, un suspiro, un resoplido, una queja o una protesta de la solocada señora, y alguna que otra vez, la humilde vocecilla de Cordero que pregunta acerca de los manjares que la criada va sacando a la mesa.

—¿Son riñones o son chuletas empanadas?

Satisfecha su curiosidad, se sirve a tientas, sin oponer ningún reparo al capricho de su esposa de tener la lámpara apagada, a pretexto de que da un calor excesivo la bombilla de la luz eléctrica.

El sólo sabe conformarse, avenirse, acceder, someterse sin discusión a los caprichos de su esposa.

—Bueno, mujer—concede—. Si tú aseguras que el farol de la esquina es suficiente, no se hable más del asunto.

Doña Encarna no le oye. Sigue dándose aire con el abanico, los ojos entornados y los labios entreabiertos para dejar paso a los suspiros. De pronto, coge con furia el sifón y se descarga la violencia del chorro en el descote.

Cordero lanza un grito:

—¿Pero qué haces?—exclama, asombrado—. ¡Vas a efervescer!

Y por si con ello da ánimos a su esposa, refiere sus proezas, realizadas con ejemplar estoicismo bajo el sol cruel de julio.

—¿Qué habría sido de ti—dice—si al medio día, cuando más calor hace, cuando cae sobre Madrid una lluvia de fuego, hubieras tenido que vestirte un uniforme de paño, y que encasquetarte un morrión, y que colgarte de la cintura un sable? ¿Qué habría sido de ti si, cargada con todo eso, hubieras tenido que recorrer marcialmente calles y callejas llenas de sol, cuidando de marcar el pa-

so y de mantenerte erguida al frente de las tropas? Pues eso lo ha hecho hoy tu marido. Y aquí le tienes, tan fresco.

—¡Calla, Primitivo, calla!—grita la señora de Cordero—. No me hables de la Milicia Nacional porque me descompongo. Pero ¿desde cuándo cae Carnaval en julio?

—Mujer, no digas desatinos. Se trata de algo muy serio y muy grande.

—¿Muy grande, y sois cuatro gatos?

—Grande por la idea que simboliza.

—Bueno, pero vosotros ¿para qué servís? Que me entere yo.

te rías, Encarna. Te lo ruego. Don Benigno era, como lo soy yo, su bisnieto, un pacífico comerciante. ¿Quién hubiera imaginado, al verle tras el mostrador midiéndolo cuartas de encaje, que había de batirse como un león, al frente de los cazadores de la Milicia? Y es que donde menos se espera, y entre los encajes es seguramente donde menos puede esperarse, surge un héroe. Y cuenta que no fué él solo. Otro de mis antepasados, don Primitivo Cordero, establecido en ferretería en la calle de Toledo, sobrino de don Benigno, y en recuerdo del cual me



Don Primitivo no sabe qué contestar. En realidad, él ignora para lo que sirven. Al fin, da con una respuesta adecuada:

—Somos los guardianes de las libertades patrias—dice con énfasis.

Y al oírlo, doña Encarna ríe estrepitosamente.

—¡Vamos, que tiene gracia! ¡Libertades aquí, donde no la dejan a una ni respirar!

—No te rías, Encarna. Te lo suplico. No me gusta que te rías de estas cosas. Ahora sólo somos un símbolo y un recuerdo. Pero si llegase la ocasión nos batiríamos, como se batieron nuestros antepasados, como se batió mi bisabuelo, que en gloria esté; aquel don Benigno Cordero, de santa memoria, fundador de la tienda que heredé de mi padre... No

llamo yo como me llamo, también peleó valientemente en las filas de los milicianos. ¿Qué te parece de esto?

Y cuando mayor es el enardecimiento del entusiasta miliciano, se produce en la cocina un estrépito enorme. Media vajilla se ha venido al suelo. Don Primitivo se ha puesto en pie, de un salto, como lanzado por un resorte. Convulso, no le deja hablar el miedo.

Sin inmutarse, sin cesar en su abanico, ni abandonar la mecedora, en la que, terminada la cena, se ha retrepado junto al balconcillo, doña Encarna pregunta desde el comedor:

—¿Qué ha sido eso, Ruperta? ¿Qué se ha roto?

Allá, en la cocina, responde la voz apagada y compungida de la maritornes:

—¡Nada!

—¿Nada? —balbucea Cordero—. Querá decir que no ha quedado nada. Ni rastro, como suele decirse.

—No se ha roto nada—insiste la aturdida Ruperta, mientras recoge los pedazos de los destruidos platos.

La cólera de don Primitivo estalla.

—¡Qué descaro, señor, qué descaro!—grita.

Y añade con gravedad:

—Encarna, despide a esa chica. No por destrozona, sino por embustera. Eso, no. Embusteras, no. Yo quiero a mi lado gente que diga la verdad. Ante todo y sobre todo, la verdad. La verdad es...

Doña Encarna le ataja:

—¿Pero quieres callarte ya? ¡Jesús, qué murga!

—Perdona, Encarna. Es que se han tocado dos puntos, el de la Milicia y el de la verdad, que me sacan de mis casillas.

—Es que el día que te vistes el uniforme, y todavía conservas puestos los pantalones de él, no hay quien te aguante.

—¿Tú crees eso? Pues me quitaré los pantalones y no volveré a decir esta boca es mía, aunque todas las embusteras del mundo quieran hacerme creer que lo blanco es negro. Punto en boca, como vulgarmente se dice. Disgústate, no; de ninguna manera, Encarna. Yo no quiero disgustarte.

Y la busca, amoroso, en las sombras y se inclina sobre ella para besarla.

Pero doña Encarna le aparta con su desnudo brazo:

—Quita, Primitivo, que hace mucha calor.

Cuando don Primitivo bajó aquella mañana a la tienda, el dependiente, un barbilindo de escarolada cabellera, estaba tratando de engañar a una compradora. ¡El demonio del muchacho! No hacía más de una semana que lo tenía Cordero a su servicio y ya asomaba la oreja. Se lo habían recomendado mucho, asegurándole que era un chico despierto. ¡Y tan despierto! ¡Pues no quería colocar a una pobre señora, con cara de confía, un madapolán pasado, que no resistiría dos lavaduras! ¡Menudo maúl! «Como todos!—se dijo don Primitivo—. ¡Un sinvergüenza embustero, como todos!» Y acudiendo presuroso en auxilio de la víctima, apartó al dependiente con tal violencia que le hizo caer debajo del mostrador, y tuvo para la compradora explicaciones, consejos y sinceridades que la dejaron desconcertada.

—No haga usted caso a ese embaucador, señora—le dijo—. Esta tela es pan para hoy y hambre para mañana, como vulgarmente se dice. Y para hoy, pan de malísima calidad. A los tres días de usarla, una criba. ¡Pero no ve usted que está pasada, que se abre, que se rompe, que se va!...

Repuesta de la sorpresa que estas palabras le produjeron, la compradora creyó comprender.

—Bueno—concedió—. ¿Qué se le ha de hacer! Saque usted otra tela más cara.

—¡Más cara!—exclamó Cordero—. Se da el caso insólito, señora, de que a mayor precio peor calidad. Hoy los fabricantes no tienen conciencia. ¡Ah!, pero yo sí la tengo. Yo soy incapaz de engañar a nadie. Todos los tejidos que hay en mi establecimiento son más falsos que el alma de Judas, como suele decirse. Todas las telas que ve usted ahí—y

señalaba la anaquelera—son, con perdón, una basura.

Y al reparar en el gesto de asombro de la mujer, añadió:

—Y lo que digo de las telas aplíquelo usted a los encajes y a las puntillas y a las tiras bordadas... ¡Es una pena, es una pena que tiren ustedes el dinero como lo tiran!

No quiso oír más la atardecida mujer, y abandonó precipitadamente la tienda.

Entre jipidos, el dependiente se atrevió a afirmar:

—Esa se deja los cuartos en el establecimiento de enfrente.

—¿Y qué?—rugió Cordero—. No me extrañaría. Huyen de la verdad y se refugian en el engaño. Pero eso no es cuenta nuestra. Allí cada uno. Lo que me importa es que la mentira no anide entre estas cuatro paredes y que la honradez triunfe sobre este mostrador. Por algo dice la muestra de mi tienda: «La Verídica», y por algo he llenado el escaparate de cartelitos que pregonan la calidad y duración de los géneros.

Y así era. Tras la amplia luna, sobre las confecciones para señora, rezaban los pequeños, pero visibles carteles: «Camisas, a seis pesetas. — Cuatro posturas. — Encaje de bolillos. — Elaboración catalana con hilo falsificado. — Pantalones. — Cuatro semanas de uso, sin abusar. — Puntillas muy falsas. — Medias tomateras...»

—Ahí—exclamaba Cordero—, ahí está la verdad: en la muestra y en el escaparate. Y aquí está también: en mi conciencia. Comprenderás, grandísimo zángano, que estando la verdad en la fachada y en el interior de esta casa, en la tienda sobras tú, embustero empedernido. En una semana me has engañado tres veces y, lo que es más grave, has intentado engañar a los compradores...

El barbilindo escarolado trató de interrumpir el discurso de don Primitivo, pero éste no le consintió hablar.

—Nada, nada—prohibió enérgico—; ni una palabra. Recoge tus cosas, toma la cuenta y a la calle. ¡Pues, hombre, estamos buenos! La una destroza media vajilla y dice que no ha roto ni un plato; el otro... ¡A la calle, a la calle! En la tienda mando yo. Aquí no es como arriba. No quiero mentirosos a mi lado.

¡Admirable don Primitivo! No nos sorprendería que, pasados los años, algún historiador poco escrupuloso dijera de aquel que había sido un carácter. Nosotros, que lo conocemos bien, podemos afirmar que no es un carácter, sino una paradoja con gafas de oro, bigote de chino y nariz picuda, como la de su valeroso bisabuelo.

Pero hemos asegurado que Cordero es una paradoja, y no es justo dejar en pie tan grave afirmación. Veamos. Vituperador del engaño, encarnado enemigo de la mentira, fervoroso panegirista de la verdad, consagra sus actividades al comercio; entusiasta de la Milicia Nacional, propicio a dar su sangre en defensa de las libertades patrias, admira a La Cierva como conservero y como conservador; temperamento tímido, apocado; carácter dulce, apacible, prudente, no anduvo remiso ni temeroso para contraer nupcias con una barriobajera de rompe y rasga, capaz de echar pie a tierra a un guardia de a caballo y de rasurar en seco al mismísimo Barba-Azul.

Bueno; lo de la boda tiene su explicación. Al filo de los cuarenta años, solo, recluso en la tiendecita de la calle de Esparteros, ya de su propiedad, notaba Cordero que le faltaba algo. No sabía el qué, porque dinero tenía, y también salud y buen apetito; pero le faltaba algo. Había en su tienda y en su casa y en su vida un vacío que cada vez

era más grande y que él no acertaba a llenar.

Un día entró en el comercio una mujer morena. Pero no una morena cualquiera, de las que tanto abundan. Una mujer impresionante. Una de esas mujeres que parecen fundidas en bronce, en un molde nuevo que ya nunca vuelve a ser utilizado. Pisaba fuerte, con la fuerza de sus poderosas caderas y de sus potentes riñones. El piso retumbaba bajo sus diminutos pies. Se acercó al mostrador, decidida. Se encaró, sonriente, con don Primitivo y le pidió, un poco desvergonzada, «dos varas de muselina para una camisa».

Cordero se quedó suspeso. Pensó que aquel tejido se transparentaba de un modo alarmante, y pensó también que dos varas de tela eran muy pocas varas para una mujer tan buena moza y tan rolliza como la que tenía delante. A lo sumo se haría una camisilla. Está pensando le inquietó. Al fin, decidióse a servir a la hermosa compradora, que ya se impacientaba. Y fijos sus míseros ojillos, temerosos, tras la trinchera de los cristales de las gafas, en los ojazos negros y brillantes de la mujer morena, estuvo midiendo varas y varas de muselina, sin darse cuenta de lo que hacía, sin advertir que la tela le envolvía como una gran ola, le ocultaba como una inmensa nube, y era ya montaña sobre el mostrador y torrente que caía de las pródigas manos y se desbordaba por el suelo, amenazando inundar la tienda.

Cuando se hubo marchado la de la camisa, comprendió Cordero que aquello que a él le faltaba era una mujer. El dependiente conocía a la morena que había trastornado el juicio de su principal.

—A esa—dijo, apenas traspuso la muchacha la puerta de la calle, dejando en el establecimiento un rastro de aroma a Colonia barata, que a Cordero se le antojaba afrodisíaco perfume de rosas de Cotoy—, a esa la llaman Encarna, «la del lunar».

Lo del lunar le hizo gracia a don Primitivo. No había reparado. ¿En un carrillo? ¿Junto a la boca? ¿En la barbilinda? Si la Providencia guiaba de nuevo los fuertes pasos de la garbosa morena a su comercio, se fijaría.

Y no la Providencia, sino la generosidad del comerciante, llevó a Encarna otra vez y muchas veces más a la tienda de la calle de Esparteros. Cordero miraba y miraba a la muchacha, sin descubrir el lunar. No existía. Acabó por plantar al dependiente en la calle para que no volviera a decirle otra mentira. ¡El muy embustero!... ¿De dónde había sacado aquello de Encarna, «la del lunar»?

Hubo un breve idilio, con el mostrador por medio. Hasta que, por fin, una noche, ya próxima la hora de cerrar el establecimiento, se saltó don Primitivo el mostrador a la torera, pidió el hongo y se fué con Encarna a la Bombilla. Aquella noche quedó acordada la boda, que había de celebrarse en seguida, porque a él le estaba haciendo muchísima falta una mujer, y ella, con sus veinticinco años cumplidos, no podía ya perder el tiempo.

Aquello fué «visto y no visto», como dijeron a coro todas las porterías de Esparteros y Santa Cruz, al ver regresar a los novios de la iglesia. En un santiamén pasó Encarna a ser doña Encarna, señora de un hogar, poseedora del honrado apellido Cordero y dueña de uno de los más antiguos comercios de la corte.

De lo del lunar no volvió a acordarse don Primitivo. Pero una noche—ya databa su matrimonio de cinco años—descubrió un punto negro en el cuerpo de

la hermosa barriobajera. Aquel descubrimiento le inquietó bastante. No pudo conciliar el sueño. Le pareció que el lecho conyugal se había llenado, de pronto, de pinches. Encarna tuvo que llamarle la atención:

—Pero hombre, ¿qué te pasa? No haces más que dar vueltas.

Y era verdad. No hacía más que dar vueltas en la cama, porque no cesaba de darle vueltas a lo del lunar. Durante la noche de insomnio creyó escuchar más de una vez la voccecita destemplada de aquel dependiente, hacía tanto tiempo despedido, que le decía: «A esa la llaman Encarna, «la del lunar».

Pero aquello pasó pronto. Cordero era hombre de lógica. A la mañana siguiente, durante el desayuno, entre sopa y sopa del chocolate, se dijo: «Un lunar que está donde está ése, no cabe duda ninguna, sólo puedo haberlo visto yo, que soy, ante Dios y ante los hombres, el legítimo esposo de Encarna.» Y con este aplastante razonamiento recobró la paz.

Sin embargo, de la duda, como de la mala hierba, siempre queda la raíz, que de cuando en cuando remueve el corazón más tranquilo y confiado.

Al mismo tiempo se producía en la calle un gran bullicio y en la puerta de la tienda se destacaba la figura, llena de prestancia, de don Cayetano, el alhajado maestro de obras, constante amigo y asiduo contentulio del matrimonio Cordero.

—Salga usted, hombre de Dios—gritó desde la puerta—; venga usted a recordar un buen día de su envidiable existencia.

Don Primitivo se precipitó a la calle. Y no tardó en destacarse en el antepecho del entresuelo, sobre la muestra de «La Verídica», el busto exuberante, el rostro terso y pálido, como un manojito de rosas de otoño, de doña Encarna, que en sus cuarenta sabrosas navidades había dejado de ser una temible morena para convertirse en una agresiva morenaza.

—Tanto bueno por las alturas—dijo, al verla, don Cayetano, agitando en el aire su flamante sombrero de anchas alas.

Doña Encarna contestó al saludo con una chulería, resabio de sus mocedades: —Cúbrase el pollo, que se le ve el plumero.

Por el centro de la calle, en dirección a la Puerta del Sol, descendía una feliz pareja que acababa de ser desposada en la iglesia de Santa Cruz, y detrás, con gran alboroto, iban en tropel los invitados a la boda.

Cordero, obsesionado como un lunático, le dijo a su amigo:

—Ha reparado usted, Cayetano, en el lunarcito que tiene la novia en la mejilla derecha, cerca del ojo.

—¡Y que la hace muchísima gracia!—afirmó don Cayetano.

—A mí, los lunares—hizo constar Cordero—, maldita la gracia que me hacen...

—El seis doblé.

—A blancas.

—Cerrado.

Don Primitivo no quería creerlo.

—¿Cerrado?

—Sí, hombre, sí; cerrado—afirmó don Cayetano—. Tan cerrado como su comercio, en el que ya no se vende más por hoy. Conque, a ver, tantos. Le he cogido a usted otra vez, amiguito.

Todas las noches, antes de la cena, los dos amigos jugaban su partidita de dominó en la trastienda.

Cordero se lamentó de su mala estrella.

—¡Mala estrella—usted— exclamó don

Cayetano—, con ese lucero que le alumbraba la vida!

Y señaló a doña Encarna, que, aprovechando la agradable temperatura que ofrecía la tienda con las luces apagadas, se había instalado, como acostumbraba a hacerlo diariamente, en la primera hora de la noche, junto a la entornada puerta que daba a la calle, libre todavía del cierre metálico. Desde allí veía a uno de los jugadores, a don Cayetano, y algunas veces intervenía en la conversación y en las discusiones de aquéllos.

—¿Pero cómo ha de ganarme usted, hombre de Dios—insistía don Cayetano, golpeando afectuosamente un hombro de Cordero—, teniendo tan cerca a esa mujer? Ya sabe usted aquello de desgraciado en el juego...

—Como suele decirse—aclará don Primitivo.

Y halagado por la cita, preguntó, mientras revolvía las fichas:

—¿Qué dices tú a eso, Encarna?

Doña Encarna, como si nada hubiese oído, cantaba a media voz:

«Pomme la main aquí,
Catalina mía!...»

—Deje usted a Catalina—recomendó, bromeando, don Cayetano a Cordero—, porque se ruboriza.

Una voz desconocida preguntó desde la calle:

—¿Está el principal?

—¡Hombre, a estas horas!—dijo doña Encarna al atrevido visitante, que sin permiso de nadie había entrado en la tienda.

—¿Quién es?—inquirió don Primitivo.

—¿No es aquí donde necesitan un dependiente?—preguntó, por su parte, el recién llegado.

—¡No quiero dependientes!—gritó Cordero desde la trastienda—. ¡Estoy harto de dependientes! Ese rato de esparcimiento que a última hora de la tarde he tenido siempre, mi vueltecita por la Puerta del Sol y mi tertulia en el café, lo sacrifico con gusto con tal de no padecer a mi lado un zángano mentiroso.

Doña Encarna y don Cayetano intervinieron.

—Eso, no, Primitivo—dijo ella—. Tú tienes costumbre de ir al atardecer al café, a charlar con los amigos, y no es cosa de que te prives de la única distracción que te permites. Necesitas alguien que se quede ese rato en la tienda. Te es indispensable un dependiente.

Y don Cayetano:

—Natural, hombre, natural. De lo que no admite controversia. Usted tiene su costumbre, y la costumbre es ley.

—Como...

—Sí, señor, como suele decirse. ¿Por qué ha de prescindir usted de su chocolate con churros, a la hora de la merienda, y de discutir con los amigos si debemos ir a Alhucemas o si debe irse el marqués de Idem? Eso no sería lícito ni patriótico.

—Y que no vas a ser un esclavo de la tienda—insistió doña Encarna.

—Y que no va usted a pudrirse entre los madapolanes...

El dependiente asentía con la cabeza, sonriendo a aquellos dos ángeles buenos que trataban de convencer al principal.

—¡Basta!—dijo Cordero, saliendo de la trastienda, seguido de don Cayetano—. ¿Tú crees, Encarna, que no debo prescindir de ese diario ratito de esparcimiento? ¿A ti te disgusta que esté siempre encerrado aquí, por no tener a quién dejar en el mostrador? Pues, eso no. Disgustarte, de ninguna manera. Yo no quiero disgustarte.

Y encarándose con el desconocido, le preguntó:

—¿A ti quién te manda?

—Nadie.

Don Primitivo se le quedó mirando fijamente. Era un muchacho zafio y feo, con una cara de burro que espantaba.

—¿Y dónde prestabas tus servicios?

—En «La Dalia», un comercio de la calle de Embajadores.

—Aquél es otro público. Para servir a éste del centro hay que peinarse con raya y que limpiarse las uñas todos los días. Bueno, ¿y por qué te has salido de «La Dalia»?

—No me he salido—contestó el muchacho con gran naturalidad—. Me han echado.

Esta sinceridad satisfizo a Cordero. Empezó a mirar con simpatía al dependiente.

—¿Y por qué te han despedido? ¿Por bruto?

—No, señor; no ha sido por eso. Torpe, soy muy torpe; decir otra cosa sería faltar; pero no me han echado por bruto.

—Entonces, ¿por qué?

—Pues por decir las verdades; por no querer engañar a la clientela; por negarme a mentir.

—¿Es posible?—exclamó don Primitivo, bailándole el júbilo en los ojos—. ¿Es decir, que tú te niegas a mentir, que tú dices siempre la verdad?

—Siempre—afirmó el muchacho—. Aunque me cueste la vida. Cada uno es como es. La verdad por delante, y caiga el que caiga, que quien dice la verdad, ni peca ni miente.

—Como suele decirse—añadió Cordero, radiante de alegría, abrazando al dependiente ideal, que después de tan larga espera le proporcionaba, al fin, Santa Rita.

—Tú te quedas aquí—le dijo—, por muy cerrado de mollera que seas y por muy discolo y respondón que me resultes. Y si, efectivamente, no mientes nunca; si siempre me dices la verdad, has hecho tu suerte. No temas que sea yo como esos infames amos que, en vez de premiarte, te han arrojado a la calle, ni que siga el ejemplo de mis mayores, que confundían la sinceridad con la desvergüenza. Yo tampoco he mentido jamás.

Ni de niño. —¿Quién se ha comido los pasteles que dejé en el aparador?—preguntaba mi madre, cuando yo era un mocoso—. Y en vez de echar la culpa al gato, cuya golosinería estaba probada, Primitivo decía: —Me los he comido yo, mamá. Uno de crema y otro de cabello. Y, ¡zas!, recibía un coscorrón. —¿Por qué no ha estudiado usted las lecciones, señor Cordero?—interrogaba la voz grave del maestro—. Y Primitivo, que podía achacar la falta a una supuesta enfermedad, respondía: —Porque no me ha dado la gana. —Y ya se sabía, palmateo inevitable. Pues ni aun así lograban matar en mí la virtud de decir la verdad. Tú..., tú..., ¿cómo te llamas, hijo?

—Veremundo.

—Pues, tú, Veremundo, eres de los malos: de mi madera. Hemos de hacer buenas migas, como vulgarmente se dice. Mañana, a las ocho en punto, aquí. Anda con Dios, galán.

Apenas abandonó Veremundo la tienda, Cordero, desconocido por lo jubiloso, se echó con su mujer y don Cayetano, que, regocijados espectadores de la escena que acababa de desarrollarse, cu chicheaban y se reían:

—Eh! ¿Qué tal?—les dijo—. ¿Qué os parece?

—A mí, ese muchacho—se atrevió a contestarle don Cayetano—, y vaya la verdad, ya que es ésta la que a usted le gusta, me parece una acémila.

—Pero ya es mucho que no mienta, que no engañe.

—No sé qué le diga a usted, don Primitivo—añadió don Cayetano—. La verdad no siempre puede ni debe decirse.

Hay ocasiones en que la mentira tiene un inmenso valor y en que el engaño nos hace vivir dichosos.

—¡Bah!, ¡bah!, ¡bah!—despreció Cordero—. Esas son novelitas. Repito que yo no he mentado nunca. Ni siquiera cuando he enamorado a una mujer. ¿Qué hombre puede decir lo mismo? ¡Pues ni entonces, Cayetano, ni entonces! Y presente está la única mujer por mí enamorada, que lo puede corroborar. Vamos a ver, Encarna: ¿qué es lo que yo te dije antes de nuestra boda?

—No me acuerdo. ¡Han pasado tantos años!—respondió ella, con fastidio.

—Pues te dije: «Has de saber que estimo en mucho la paz, que no transijo con que se perturbe el orden público ni el privado, y que, por lo tanto, no refireremos nunca, aunque en algún día de nervios tú quisieras reñir. Has de saber que no soy aficionado a los chicos, que ronco bastante y que resulto poco ameno; las mujeres se han aburrido siempre a mi lado...» Ahora, di tú, Encarnita, si dije mentira.

—¡El Evangelio!—afirmó don Encarna en un suspiro.

No se había equivocado don Primitivo. Se entendía bien con el nuevo dependiente. Cierta que Veremundo, a más de torpe, era haragán, que resultaba poco agradable a los compradores y que ofrecía todas las características del perfecto sinvergüenza; pero cierto también, y esto era lo que importaba a su principal, que no mentaba nunca. Ni siquiera por pudor. En la extraña moral del muchacho, la elevada virtud de decir la verdad le daba derecho a entregarse a los más repugnantes vicios. Cordero aceptaba complacido tan extravagante teoría, y hasta tuvo ocasión de convencerse de sus excelencias en un caso práctico.

Andaba don Primitivo medio loco con las cuentas. No le salían al céntimo, como en sus libros era de rigor, y sospechando una infidelidad del dependiente, le preguntó de improviso, para no darle tiempo a prevenirse y conseguir que la turbación le delatase:

—¿Has cogido tú dinero del cajón, aprovechando mi ausencia?

—Tres pesetas y treinta y cinco céntimos—puntualizó Veremundo con naturalidad.

—¿Y cómo has podido?... —No he tenido que descerrajar. Se dejó usted el cajón abierto.

—¿Y ese dinero?...

—No se lo devuelvo a usted porque me lo he gastado.

Cordero abrazó a su dependiente.

—Así me gusta—le dijo, conmovido—. Tú robame, pero dime que me robas. Es la manera de que yo pueda tomar mis medidas y evite el saqueo.

Y para estimularle, para hacerle persistir en su buena costumbre de ser veraz, le repetía:

—Como sigas así, como me digas siempre la verdad, has hecho tu suerte.

—¡Sí, sí!... ¡Buena suerte nos dé Dios! Una tarde, al regresar Cordero de tomar su chocolatito con churros y hacer ante sus amigos, honorables milicianos y militares en la reserva, el panegírico de la verdad, preguntó a su dependiente:

—¿Ha venido alguien?

—Comprador, ninguno.

—Entonces...

—Ha venido don Cayetano, como todas las tardes cuando se marcha usted al café.

—¿Don Cayetano?... ¿Qué viene don Cayetano todas las tardes cuando yo?... Nunca me lo ha dicho. El viene después, más tarde, a jugar al dominó. Pero cuando yo estoy en el café, ¿qué hace aquí don Cayetano?

—Aquí, nada—aclaró el muchacho—.

Entra por el portal y sube al piso. Viene a ver al ama—y guiñó un ojo.

—¿Al ama?... ¿Qué viene a ver?... ¿Cuanto yo...? Nunca me lo ha dicho Encarna.

—¡A usted se lo iba a decir! Ellos se ven a solas, cuando usted está en el café. Yo sé lo que pasa, don Primitivo. La criada los tapa. Pero yo los he sorprendido. Doña Encarna y don Cayetano... Vamos, que le engañan a usted, que se la pegan, que se la están dando con grinyere... ¡Así, hablando en plata!

Lívido, la boca horriblemente contraída, desorbitados los ojos, centelleantes las pupilas, que ponían en los cristales de las gafas reflejos cegadores, cayó Cordero sobre su dependiente.

—¡Calla, embustero, calumniador, miserable mentiroso!—vociferaba—. ¡Voy a arrancarte la lengua! ¡Qué horrenda mentira la que has dicho! ¡Qué mentira tan monstruosa!

Estaba magnífico. Encendido el rostro, apretados los dientes; como una guindilla, la pequeña nariz picuda, por la que resbalaban las gafas; estradas, a punto de quebrarse, las cuerdas del pescuezo; empujado sobre las puntas de los pies, todo él agitado por un temblor convulsivo... ¡Así vieron cien años atrás los cazadores de la Milicia a don Benigno Cordero, en el momento histórico de ordenar la famosa carga contra los aguerridos soldados de la guardia de Tigrekan! ¡Así lo vieron—con la sola diferencia de que aquél empuñaba, colérico, un sable, en vez de una garganta—, y así lo inmortalizó la más brillante pluma española del siglo XIX!

El dependiente realizaba inauditos esfuerzos para librarse del energúmeno que quería estrangularle, que le escupía las palabras en el rostro, que le apretaba brutalmente la garganta, clavando en ella sus uñas, convertidas en garras de león.

Hubiera muerto el infeliz Veremundo a manos de su principal, de no haber acudido presurosa doña Encarna, que, atraída por el ruido de la lucha, bajó precipitadamente la escalera interior que unía el entresuelo con la tienda.

Al ver a su mujer, tuvo Cordero un momento de debilidad—la iniciación de una congoja—, aprovechado por el dependiente para escapar de su verdugo, ganar la puerta y desaparecer, calle arriba, seguido de numerosos transeúntes, que, sin saber de qué acusarle, gritaban en persecución del muchacho:

—¡A ese! ¡A ese!

Doña Encarna trató de calmar a su marido:

—¿Qué es esto, Primitivo? ¿Te has vuelto loco? ¿Querías matarle?

—¡Sí; quería matarle y le mataré! ¡Es el más criminal de los mentirosos!

Y frenético, congestionado, las manos crispadas, avanzó hacia su mujer, explicándole:

—¡Pues no me ha dicho!... ¡Oh, es horrible!... ¡Me ha dicho que tú...! ¡Que tú y Cayetano...! ¡Que vosotros dos...!

Doña Encarna tuvo miedo. Huyó aterrada hacia la escalera, gritando:

—¡Socorro! ¡Cayetano, baja! ¡Pronto! ¡Defiéndeme! ¡Defiéndeme, Cayetano, que va a matarme!

¡Pobre Cordero! Allí terminó la acometividad del valeroso miliciano. Sus nervios, en tensión, saltaron rotos. No podía sostenerse en pie. Se tambaleaba. Hasta que cayó de bruces sobre el mostrador, la cabeza hundida en unas piezas de tela.

Y lloró. Lloró con un gran desconsuelo. Como un pobre niño, al doloroso contacto de las insospechadas realidades. Como un miserable habitante del mundo de la mentira en su primer encuentro con la verdad.

Joaquín AZNAR

Ilustración de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

Azorin, Baroja, nuevas estéticas y otros ensayos, por C. González Ruano.

Este libro, en el que su autor, el exquisito y hondo poeta de *El que pasó sin mirar*, intenta un «ensayo de buena y serena crítica», es una obra lograda, tanto por su orientación estética, que abre nuevos caminos, como por la fina sensibilidad literaria que lo caracteriza. González Ruano, esencialmente noble temperamento lírico, se muestra en este bello libro capacitado para las altas especulaciones del ensayo y de la crítica, con propia y relevante personalidad.

Sofía, por Amadeo Vives.—En este volumen de *ensayos literarios* el ilustre compositor, no sólo pone de relieve la hondura de su pensamiento, sazonado por una vasta cultura, sino que también afirma su inconfundible y fuerte personalidad de escritor genial.

¿Qué puede comprenderse sin matemáticas de la Teoría de la Relatividad?, por P. Kirchberger.—Este interesante opúsculo, de gran utilidad para cuantos deseen penetrar en la teoría del célebre físico alemán Einstein, lleva un prólogo de M. von Laue, profesor de Física teórica de la Universidad de Berlín, y ha sido traducido al castellano por el competente profesor del Instituto de Barcelona D. José de la Puente Lariós.

Romances de ciego (poesías) y *Ensayos angloespañoles*, por Salvador de Madariaga.—En estas dos obras, aparecidas recientemente, la primera, de un alto valor lírico, ejecutoria de un gran poeta, y la segunda, de un hondo contenido ideológico, se afirma con vigoroso relieve la interesante personalidad literaria de Salvador de Madariaga.

Las brujas de la ilusión (novela), por S. González Anaya.—Esta nueva producción del ilustre novelista malagueño constituye, tanto por su interés como por sus bellezas de estilo, una de sus obras más perfectas y un acontecimiento literario de indiscutible importancia.

Las Anónimas S. A., o Don Quijote en Bilbao, por José Nieto Méndez.—Esta novela financiera, como la califica su autor, es un libro en alto grado interesante, valiente y atrevido, «obra de advertimiento», de gran actualidad y positivas enseñanzas, que ha de levantar ronchas abundantes y dar mucho que hablar.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

Acaban de aparecer:

LA CASA DE CLAUDINA

Interesantísima novela de la eximia escritora francesa

— Colette Willy —

una de las novelistas más ilustres de la literatura contemporánea, y

LA ARREPENTIDA

hermosa narración de la gran escritora, también francesa,

— Marcela Vioux —

célebre en el mundo entero, cuyas obras admirables alcanzan las mayores cifras de tiradas.

Venta en todas las librerías, estaciones y en la

CASA DEL LIBRO

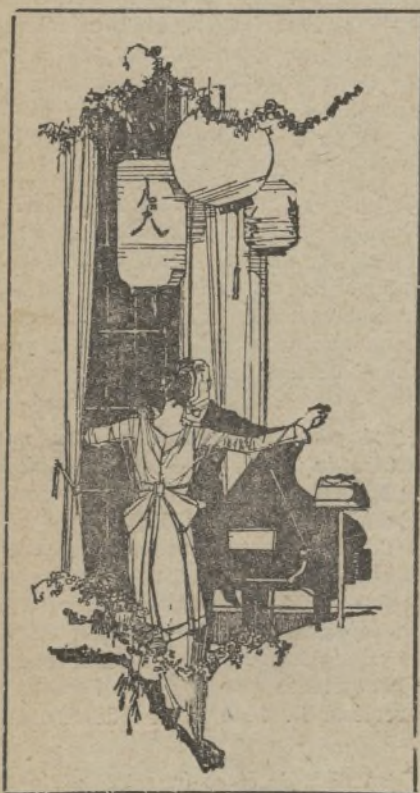
Pi y Margall, 7 (Gran Vía)

LA "PIANOLA"

(MARCA REGISTRADA)

es el mejor

REGALO DE REYES



Las supremas particularidades de este instrumento permiten el dominio de la Música, y con ella completaréis

LA FELICIDAD DEL HOGAR

Está reconocido cuánta es la sana influencia que la Música ejerce en todas las personas.

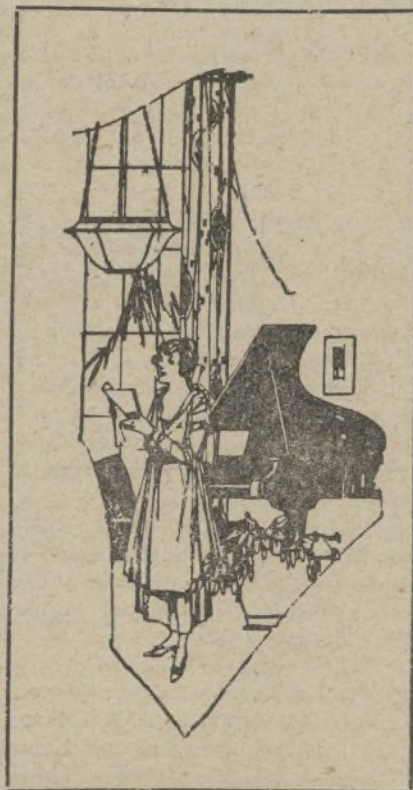
EL "PIANOLA"-PIANO

es el instrumento de los Reyes, de las Instituciones Musicales, de los Grandes Músicos y, en general, de todas las personas cultas y distinguidas.

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS
THE AEOLIAN COMPANY

S. A. E.

Avenida Conde Peñalver, 24. — MADRID



CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



MOTOCICLETAS

ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMÓVILES Y MOTOCICLETAS • ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

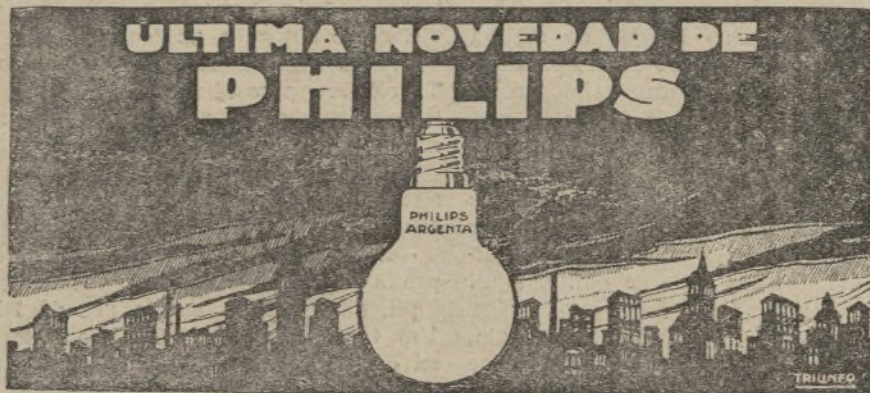
AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA
BÓVEDA (LUGO)

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17
AYALA, 60

ÚLTIMA NOVEDAD DE PHILIPS



ARGENTA

Luz más hermosa y más decorativa para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: **ADOLFO HIELSCHER, S. A.**

Almacén de material eléctrico

MADRID: Calle del Prado, 30. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.